

vuestra en el madero glorioso de las inmolaciones. El instinto certero del pueblo conoce irremediamente a los suyos. El comprende muy bien las intenciones fingidas de cuantos anhelan explotarlo, así como también les sabe abrir sus brazos sinceros y leales a hermanos legítimos como Conto, como Robles, como Arrieta. Tanto vosotros como yo sabemos ampliamente lo que es el bramido estridente de la tempestad en las noches tormentosas, lo que es el rayo calcinante sobre la indefensa espalda luchadora, lo que es la punzada de la espina que destroza las carnes, lo que es regresar al tugurio con los brazos molidos por los afanes del trabajo, lo que es el íntimo suspiro que al alma arranca ese calvario de la brega diaria, el suspiro que, como dijera José Asunción Silva, es el aire que vuelve al aire y se lleva lo mejor del sentimiento.

Así como vosotros y yo conocemos los agujijones de la lucha perenne, sabemos igualmente lo que son la cadencia consoladora y grata de un riachuelo, el embelezante zumbar de las abejas que ondulan por las praderas y los bosques, el placentero mugir de los rebaños, el amor puro, sencillo y bueno, la sonoridad acariciante de la risa franca y ese maravilloso despertar de la luz que es un arpegio de sonrisas allá en las hondonadas y allá en las altas cumbres. Por éso nosotros nos resignamos a todo, pero menos, nunca, a la pérdida de nuestra libertad, aun cuando, como escribiera un autor, ella esté en jaula de oro; por éso nosotros, pueblo que me escuchais, así como sabemos llorar con el fuego quemante de nuestro llanto, sabemos también reír y hacer nuestras las sentidas estrofas del poeta francés Desportes en su obra *Bergeries*:

«O bienheureux qui peut passer sa vie  
entre les siens, franc de haine et d'envie,  
parmi les champs, les forests et les bois,  
loin du tumulte et du bruit populaire,  
et qui ne vend sa liberté, pour plaire  
aux passions des princes et des rois!»

Es decir: en las florestas, en los campos y en los valles está nuestro vivir, allí está nuestro reino, el que sabremos defender hasta el sacrificio, pues, a ese recinto immaculado no podrán llegar, mientras sepamos ser hombres, ni la baba inmundada de los libertinos, ni la simulación de los explotadores, ni el eco de las traiciones, ni el tacón de los reyes.

Copartidarios!

Estémos seguros de que si somos capaces de presentar, como soldados valerosos, las falanges pacíficas de nuestro gran Partido en las próximas elecciones, el porvenir de la República será tan diáfano y duradero cual el brillo sostenido de un diamante cuando ha salido definitivamente de su origen oscuro.

Nosotros no aspiramos, no, a depender del tesoro porque sabemos trabajar; no dejaremos afrentar, por ningún título, la majestad del escudo nacional porque hemos aprendido a amar intensamente nuestra Patria en el escenario de todas las amarguras, porque en calidad de hijos amantísimos, llevamos muy adentro el rictus atormentado que en sus pliegues observamos bajo de tantos despotismos, porque nuestra conciencia es un tabernáculo para Colombia, porque hemos aprendido de nuestro hermano político F. Alvarez Henao, a cantarla en el coro de nuestra idolatría:

«Así, en medio de tantos sinsabores,  
eres gallarda perla americana:  
de tus entrañas cálidas dimana  
un poema de luz y de esplendores.  
Sangre noble da vida a tus blasones,  
y el conjunto que forman tus beldades  
hace temblar de amor los corazones....»

Pamplona, Diciembre 19 - 1930.



## Concurrencia liberal!

Enseñan las ciencias matemáticas que antes de establecer una ecuación, es preciso efectuar la comparación de los términos. I la pedagogía moderna pregona que el sistema objetivo es el más científico de todos porque es el que ofrece mejor aprovechamiento. Pues bien: no faltará quien se pregunte por qué tanta actividad política hoy en día, por qué ese real o tácito encono entre verdes y colorados, por qué la atmósfera nacional se advierte caldeada minuto por minuto, en fin, por qué tanto unos como otros afirman a grandes voces que ellos, y solamente ellos, son los únicos dignos y capaces de gobernar a sus conciudadanos. Vamos a ver.

En cierto momento le dijo una criada a la ama de casa:

—Mi señora: el mantel está sumamente manchado, y para que le desaparezcan las manchas, no hay otro remedio que dejarlo en el patio al rigor del sereno.

Así se hizo. Al otro día preguntó la señora a la sirvienta:

—Han desaparecido ya las manchas, eh?

La interpelada responde:

—Pues . . . lo ignoro, mi señora, porque lo que desapareció fué el mantel.

Al partido conservador le sucedió lo propio: al grito de regeneración o catástrofe se lanzó a la lid y prometió desembarazar al país de todos sus defectos; pero tan fuerte fué el remedio para la enfermedad, que por poco desaparece totalmente Colombia del mapa de las naciones.

Por fortuna el 9 de febrero pasado entró la República en franca reposición.

En otra oportunidad, un presumido eclesiástico le dijo a un niño, con tono de suficiencia:

—Te doy un confite si me dices dónde está Dios.

A tal proposición replicó el parvulillo:

—Pues yo le doy a usted dos confites si me dice dónde no está.

Igualmente, el conservatismo pensó siempre confundir, aturdir al liberalismo con su charlatanería altisonante y autoritaria, pero éste resultó mas inteligente y, en vez de atolondrarse o retrasarse, le salió adelante.

Isócrates dejó escrito: «No es corriente que los sensatos se hagan esclavos de los necios.»

Jenofonte escribió a su turno: «Es necesario que el que manda sea superior a los que él manda».

A partir del período de Rafael Reyes, fruto maduro de la guerra de tres años, empezó seriamente la revaluación de los credos políticos nacionales, hasta el punto que en 1.909 surgió de entre los escombros mismos el gentil republicanismo a reivindicar en la administración pública el decoro de los caballeros. Aún todavía: las cadenas con que entonces silenciaron en Cartagena al tribuno glorioso que derrumbó con su voz el Quinquenio, se trocaron a la postre en la banda tricolor que le cruza hoy el pecho en el palacio presidencial. Es perfectamente claro que si esta nación hubiera seguido gobernada bajo de las sabias normas de la constitución de 1.821, la altura moral y material en que estaríamos actualmente sería comparable a la de los Estados Unidos de Norteamérica. Desgraciadamente éramos descendientes de españoles, y su herencia de sangre e ideología no podía atenuarse o destruirse en poco tiempo. Así fué como tamaño atavismo inspiró las páginas del opúsculo que en Cuenca escribió el Libertador: «Una mirada sobre la América española». «No hay buena fé en Colombia -dice- ni entre los hombres, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; y la vida, un tormento.» Lo que equivale a que ese genio liberal había *arado en el mar*.

En 1899 publicó en Bogotá el Dr. Medardo Rivas su notable estudio sobre el origen de nuestra legislación, y en él puede verse que “nuestro derecho republicano nació en el Congreso de Cúcuta. El código de leyes de 1821 nos parece una página arrancada a la historia de Grecia, y hay tanta magestad en las leyes y tal perfume de antigüedad republicana, que lo abrimos siempre con veneración. En 1824 se dió la ley de *patronato eclesiástico*, por la cual el Estado se declaró heredero del patronato para hacer frente á un poder constituido hacía muchos siglos, para conservar a la soberana República los derechos de tuición. Le correspondían además: la facultad de permitir o no la reunión de concilios eclesiásticos dentro de su territorio, y la de enviar allí sus legados; la de formar el arancel de las contribuciones eclesiásticas; la de administrar las rentas destinadas al culto; la de dar o no licencia para que fuesen o no admitidas las bulas pontificias &.&. En el mismo año se dió la ley que abolía los *mayorazgos*, por la cual se quitó a la propiedad su carácter de inenajenable y se dió a la familia su aspecto moral y democrático. En 1832 dictáron una nueva constitución repleta de patriotismo y honradez, pero que en mala hora fué suplantada por otra monárquica. También en ese año se organizó la hacienda pública. Ezequiel Rojas hizo avanzar grandemente ese ramo con su asiduidad, como ya habían dejado escalones gloriosos

Castillo y Rada y Francisco Soto, hasta que el gran Murillo operó la descentralización económica y administrativa. En 1833 se dio la ley *orgánica del ejército*, que hizo de los defensores de la patria una clase separada de la del pueblo y estableció la separación entre la *guardia nacional* y el ejército permanente. Juntamente se expidió la ley que declaraba *libre el interés del dinero*, señal de verdadero progreso, triunfo del partido liberal. En 1834 el congreso, quizá el mejor de nuestro país, elaboró la ley de *régimen político y municipal*, la *orgánica* de los tribunales y juzgados y la de procedimiento en algunas materias. En 1837 se expidió el Código Penal, inspirado en la doctrina de Bentham y que es una obra gigantesca que honra á los que la expidieron. La de 1838 creó el *verdugo*, y nació así el garrote infame señalado por el C. P. como instrumento del último suplicio.

Todo ésto nos prueba que en materia de progreso hemos ido con un pié adelante, pero con el otro enormemente retrazado, habiéndonos sido por éllo imposible adquirir la categoría de pueblo culto y respetable. Pero señores: si no lo sabíais, sabédlo: nuestros padres fuéron gobernados aquí por España, en la Colonia, con las 559 leyes que contenía el *Codex legum*, ó Código gollo, desde Alarico hasta Witiza, refundido despues por Resesvinto y aprobado por el Concilio católico de Toledo. Nada de extraño tiene, pues, que el doctor Antonio José Cadavid, alto personaje conservador, dijera que los colombianos no somos ni remotamente civilizados y que lo que en esta tierra se llama moralidad no es mas que un egoismo refinado. ¡I despues se nos grita que los conservadores han civilizado á Colombia!

Para mejor comprobación, recordémos las palabras del señor Salazar, Ministro conservador, de gobierno, en 1.922: "El fraude electoral es un signo inequívoco de debilidad del partido que lo ejerce. El bando que necesita ocurrir á medios condenados por la moral política para presentarse en los comicios públicos, es porque no cuenta con los favores de la opinión honrada, y en tal caso no obra bien al pretender llevar en sus manos las riendas del Estado." Qué tal, señores! ¡I luego se nos afirma que el conservatismo es el partido del orden y la mayoría indiscutible! Qué cínicos!

Estimado auditorio!

El Gral. Uribe exclamó en una ocasión: "¿Han de tener libertad los conservadores para atacarnos, y no hemos de tenerla para defendernos? ¿Tenemos obligación de tolerarlos, y ellos no van de tenerla para tolerarnos á nosotros?" Ah! no, amigos, porque no somos párias, no, porque no somos ya aquellos inermes prisioneros que en 1.815 mataba á palo, á puro palo, el Pacificador Morillo, ni tenemos la candidez de aquellos 400 indivi-

duos que, bajo de la sagrada palabra del indulto, por el delito de adorar a su Patria, se presentáron y en el acto fuéron degollados en Bocachica. ¡Oh, no! Si la Convención conservadora de Soatá acaba de lanzar al aire, cual granada terrible en busca de un gran destrozo, su lema de "el cementerio ó el panóptico", nosotros tenemos que probarles igualmente que somos los indómitos centauros de 1.876 en los *Chancos, Donjuana y Garrapata*. I que así como el 10. de Abril de 1.864, al posesionarse Murillo Toro de la presidencia nacional, se consagró a destruir el terror de épocas pasadas y á establecer la paz, la confianza y la buena fé en el gobierno y en el pueblo, así nosotros, con Enrique Olaya Herrera á la cabeza, iremos hasta el sacrificio mismo por el bien de la República.

No obstante que los regímenes azules nos llevaron á la ruina económica más desastrosa y peligrosa para la soberanía de la Nación, pecado horrendo que debería llevarles al arrepentimiento de sus grandes culpas, desean sin embargo sembrar nuevamente el pánico y la intranquilidad en todo el territorio, sin que les importe un ápice el quebrantamiento del crédito comercial exterior que ya comenzaba á mejorar. En cambio, nosotros seguiremos engrandeciendo la nacionalidad y adquiriendo más y más prestigio, por comparación de sentimientos y de procederes, porque como dijera Maeterlinck, «valemos lo que valgan nuestras inquietudes».

Los conservadores seguirán en su tarea de ancestralismo, resucitando prácticas infamantes como los *jurados de imprenta o del santo oficio* que existían aquí al rededor de 1.850 y que hoy han revivido en forma de Juzgados de prensa para acallar nuestros derechos. Pero nosotros, penetrados de la definición que el historiador Taine diera del liberalismo cuando dijo que éste "no es otra cosa que el respeto por los demás," seguiremos impertérritos, sin mirar al abismo de la incomprensión, que desvanece, llevando en nuestras almas la imagen de Colombia, en nuestras sienas la reverencia para ella, en nuestras manos flores, sí, muchas flores para ella, en nuestros ojos lágrimas abundantes para hacer nuestros los infortunios de ella, en nuestras arterias sangre generosa para derramar por ella, en nuestras acciones virtudes para ofrendarle á ella y en nuestros labios su nombre inmarcesible.

Las generaciones del mañana nos harán plena justicia. I las ruindades del Conservatismo repercutirán, como las olas encrespadas de los mares, en la conciencia indefectible de la Historia, con la sapiente estrofa de Campoamor:

«Conciencia nunca mentida,  
mudo y seguro testigo  
que no dejás sin castigo  
ningun crimen en la vida!»

Pamplona, Enero 9 - 1931.

## Caballeros !

En este momento rememoro, ante todo, lo que escribió el autor de los «Estudios ingleses»: «¿Cómo aspira un pueblo a generosas instituciones si no sabe hacer uso de sus derechos?» Tal fué la honda causa para que a la esclavitud ibera siguiera entre nosotros la esclavitud teocrática en medio siglo. Los señores conservadores supiéron comprender y aplicar a cabalidad aquello de que a los niños se les engaña con juguetes, y a los hombres con perjurios». El último capítulo de esta tragedia lo estamos viviendo hoy en las pasmosas tropelías del poder electoral. Pero «no indefinidamente se violan de modo impune las leyes sempiternas de la justicia, que son la sal purificadora que impide la corrupción de las sociedades. Las naciones que se obstinan en cerrar los ojos a la verdad - fuente única de salud para los hombres y para los pueblos - afilan el arma de su suicidio, y lo que talvez es peor que éso, cultivan, si puede decirse, la indiferencia con que la humanidad contempla la agonía de los que se han hecho indignos de vivir». (Ibid)

Nunca debemos perder de vista que la característica del individuo talentoso está en la lucha, pero no como se quiera, sino en la lucha inteligente, ordenada y viril. Si; porque, conforme a Carlos Arturo Torres, «por leyes superiores a la humana razón, todo bien se conquista al precio de un sacrificio».

La infancia de las sociedades está representada por el pueblo. De ahí que éste se asemeje tanto al niño en su ingenuidad, en su fantasía, en su sinceridad.

Me valdré, pues, de algún ejemplo para hacer ciertas deducciones. Una vez le estaba dando de palos una cruel mamá a su hijito, y al oír cómo clamaba el pobre infeliz, le rugió aquella: —¿Gritas para que los vecinos se enteren de que te estoy pegando?

A lo cual repuso el infante: — Al contrario, lo hago para que los vecinos no oigan los golpes que me estás dando.

Los camposantos y las cárceles, la pobreza y la orfandad, el ostracismo y la locura fuéron siempre los duros leños con que los gobiernos regeneradores vapuláron los indefensos músculos liberales. ¡I así, señores, querían los sicarios implacables que los alaridos de los perseguidos no se dejaran percibir hasta en las fronteras para poder, con el mayor de los cinismos, afirmar ante el mundo que el conservatismo es el baluarte de la soberanía nacional, el eje del progreso, la palanca de las instituciones

democráticas, la garantía de las conciencias!... ¡Oh, la elasticidad de la moral! ¡Sí; puesto que, como muy bien escribió un discípulo mío en el periódico «El Domingo», de Bogotá, «para felonías, los conservadores; para grandes odios, los conservadores; para inmensos hipócritas, los conservadores; para gentes sin respeto por los vínculos de familia, los conservadores; para feroces egoísmos, los conservadores; para únicos traidores, los conservadores. Es así como se entiende por qué para ellos la patria es un simple nombre, la religión una mercancía y el honor una nómina».

Nordau pensó que «el hombre paga la conciencia de sí mismo sufriendo». Me parece élllo evidente. I tal vez por lo mismo, el liberalismo, que fué en media centuria el ejemplo más elocuente y maravilloso de estoicismo, se dió por fin cuenta de su existencia propia, merced a tanto sufrimiento y, cual un león, se despezó, se observó, midió el horizonte con mirada escrutadora y se puso en pié. Esta reincorporación integral coincidió con la ineludible división de los amos feudales que todo lo podían y que en su delirio de predominio y raterismo se hallaron de repente sin la suficiente capacidad de la olla presupuestal. Les acaeció en este preciso instante a los regeneradores lo que apunta el autor de «La leyenda de los siglos»: «Cuando dos almas perversas se enseñan mutuamente su impúdica desnudez, se horrorizan de su propia fealdad, y el crimen horroriza al mismo crimen».

El vate francés Arnault rimó así:

«De ta tige détachée,  
pauvre feuille dessechée,  
où vas tu?»

Lo mismo podría preguntárseles, en parodia, a los colombianos:

De la tierra desprendido,  
pobre pueblo adolorido,  
a dónde vas?

Es increíble que nuestra generación, nacida en la cuna de la emancipación bolivariana, tropezara, al empezar sus primeros pasos, con la cruda maleza del despotismo. Pero ya lo expresó alguien: «Cuando un pueblo ha conocido la libertad, es absolutamente imposible quitársela después». Nó; porque para élllo germina el Cosmos los apóstoles del pensamiento, los genios de las restauraciones. Ahora recuerdo algunas palabras de «El Republicano», de Bogotá, de 1911, periódico en el que yo también colaboraba: «Las leyes naturales son inflexibles, y a la manera que al caer un guijarro sobre el cristal de un lago



quieto hace vibrar el agua onda tras onda con vertiginoso movimiento, así también las ideas al caer con recio golpe sobre los cerebros de las ondas humanas van formando ese oleaje luminoso que se llama civilización». Por consiguiente, a los pensadores, a los militares, a los escritores y a los mártires que nos prepararon la brillante jornada de febrero pasado debemos apellidarlos *grandes*, y aplicarles el dictado de San Mateo: «Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur».

Emancipados en parte de la tremenda tutela y rotas las ligaduras de nuestros brazos, vámos a la victoria en los comicios del año presente. Hagámos de nuestra mayoría un lujo, un efectivo lujo. Pero jamás olvidémos —oh, nunca!— las enseñanzas de la historia para así prevenirnos mejor contra los contratiempos.

Al rededor de la Confederación granadina cada linea es una grave admonición para nosotros. Las guerras civiles datan, específicamente, de 1840. I desde el padre Villota hasta Próspero Pinzón los conservadores pretendieron siempre evaporar el liberalismo a sangre y fuego. Santander y Antioquia han sido quizá los pedazos de territorio patrio más conmovidos por tantas sacudidas. Las dos batallas de Huilquipamba fuéron la iniciación franca de la hecatombe fratricida. Despues, Buenavista, Riosucio, Itagui, Corozal, Buesaco, & &, sin que fueran capaces de detener la ola devastadora ninguna voz de cordur, ningun gesto hidalgo, ninguna generosa iniciativa como la Administración Trujillo que, iniciada el primero de abril de 1878, procuró «restablecer el equilibrio social con una conducta imparcial, honrada y patriótica». Los conservadores son como la incubación misma de la guerra: si alguien no se la declara pronto, ellos se encargan de hacérsela a sí mismos. Ved, pues, la razón histórica para que los capataces carlistas que siempre se enriquecieron con los gestos bélicos de las masas, traten de remendar a estas horas su estructura con el hilo de una imposible unión, para lo cual enarbolan nuevamente su marcial estandarte cual esponja insaciable de sangre liberal.

Distinguidos amigos!

El triunfo es incuestionablemente nuéstro en toda la República: vámos hacia él! Consolidémos sin dilación nuestro poder, no vaya a ser que, por tremendo infortunio, se nos repita el caso de que fuímos víctimas después del período presidencial de Salgar, en 1870, en que a raiz de un famoso éxito con la brillante exposición de entonces, con la fundación de renombradas escuelas normales, con el empuje dado a la organización de los telégrafos, con la iniciación del ferrocarril del Norte, en la Administración Pérez, de 1874, el liberalismo fue a la lucha presidencial con dos candidaturas, la de Rafael Núñez y la de Aquileo Parra, error incomprensible, desvío inexplicable, ino-

centada abrumadora que tenían que derribarlo no muy tarde. I si solamente en 1885 cayó estrepitosamente, hacía muchos días que había perdido efectivamente el solio, como lo dije por la prensa en esta ciudad, en alguna ocasión.

### Copartidarios!

¿Quereis saber cuál fué la auténtica génesis de nuestra subida al gobierno, últimamente? El triunvirato liberal de 1925. Yo retengo muy bien que los periódicos azules de ese año diéron horrisonas señales de alarma. I cuando se conoció en todo el país la lista roja de candidatos para la Cámara de Representantes lanzada desde Cali por los triunviros, el conservatismo se estremeció de miedo y sintió desconcierto. Cómo nó, así es pléyade de conspicuos y honorables tribunos en ningún tiempo había sido imaginada; cómo nó, si entre esa prestigiosa falange descollaba, cual esbelta palmera, Alfonso López, sí, Alfonso López, de quien dijera un periodista conservador en esos días, que era el parlamentario más temible porque estaba «documentado hasta los huesos».

### Fervorosos correligionarios!

Para las lides eleccionarias que este año nos darán la plenitud del poder, merced a nuestro bravo esfuerzo, tomémos por canto epopéyico, con relación al Conservatismo, aquel verso que en 1898 le hiciera Max Grillo al Magdalena:

«Tus dioses de arenisca rodáron de sus aras!» Sí; rodáron para siempre los Aristides Fernández, rodáron los Cortés Vargas, rodáron los Rengifos. Culpa nuestra sería, no lo dudeis, permitir que otra vez colgara de este cielo esplendente el crepón de la noche. Hemos sentido en estos seis meses nuestro espíritu vivificado por la alegría de un amanecer desconocido que ha llenado nuestros pechos de esperanza, nuestros nervios de aspiración, nuestras mentes de fé, nuestras venas de fecundidad, nuestras órbitas de luz reconfortante y nuestros criterios de optimismo y de amor para la vida. Hoy, más que en ninguna otra circunstancia, tenemos obligación ineludible para con nosotros mismos. Es la hora! Es el minuto supremo! La contienda cívica ha de ennoblecernos. I a cada escollo que se nos vaya oponiendo en la brecha de las reivindicaciones republicanas, debemos ironizarle con las expresiones de Emilio Bobadilla:

«No ha de haber un espíritu valiente?  
Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
Nunca se ha de decir lo que se siente?»

## CONFERENCIAS

No he de callar, por más que con el dedo,  
ya tocando la boca o ya la frente,  
silencio avises o amenaces miedo\*.

Estamos subiendo la pendiente; puede haber emboscadas, empero, seguros deberemos estar de que llegaremos a la cima, desde donde podremos oír las palpitaciones del corazón de Colombia al desposarse ante el mundo con el dios anhelado del triunfo liberal.

Pamplona, Enero 16 de 1931.



## *Apreciados copartidarios!*

El señor presidente de este Centro, acompañado de otro respetable caballero, ha ido esta noche hasta el retiro de mi hotel a invitarme para que os hable, y es este el motivo de estar ante vosotros.

No sé si es un honor o una desventura el pertenecer a este departamento atormentado hoy por el hazar, la desorientación y el desconcierto político. Pero sí experimento una fruición espiritual al recordar que en la historia el liberalismo, en materia político-religiosa, lo estableció en Colombia la Constitución de Cúcuta, en 1821. Esto equivale a decir que tenemos un abolengo nobiliario y que, si es verdad que la nobleza obliga, estamos en el imperativo indeclinable de conservar y aumentar aún más el brillo del blasón herencial, porque solo somos capaces de progreso, como dijera Rodó, - en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros en el espacio y en el tiempo.

La actualidad que vivimos es indiscutiblemente trascendente. Hace dos años que en el Palacio de la Carrera mora el único hombre que pudo sembrar el miedo en el temperamento del mayor caudillo de los conservadores. I, sin embargo, este es el instante en que la ciudadanía nacional duda todavía acerca de cuál es el color de la entidad que nos gobierna. Después de que todos creímos que las garras del águila guerrera habían sido abatidas definitivamente, las salpicaduras de la sangre liberal nos empañan el rostro y nos torturan la conciencia. Por qué? Sencillamente porque el gobierno no ha podido comprender aún la psicología de los partidos militantes, ni el liberalismo ha podido comprender al gobierno. Cuánta certeza encierran las palabras de Goethe cuando dijo que solo es digno de la libertad y de la vida aquel que es capaz de conquistarlas por sí mismo! He aquí por qué deseo en esta circunstancia hacer más las exclamaciones de Rafael Uribe Uribe en su proclama de Nunchía: «Anatematizado sea aquél que dude del triunfo liberal! ¡Anatematizado sea aquel que pretenda sembrar la división en nuestras filas!»

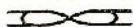
Hemos llegado al momento preciso para un exámen de causas, llevados por el cauce doloroso de hechos muy amargos. Hay que saber por qué el conservatismo viene lanzando un reto de estridencias formidables, y es preciso saber también a dónde podremos llegar por esa vía. Yo no vacilo en aseguraros aquí

## CONFERENCIAS

que los conservadores han comprendido a cabalidad la falta de cohesión en las milicias liberales. Yo no vacilo en asegurarnos aquí que los conservadores han entendido muy bien que no es fuerte un partido, que pretendiendo ser gobierno, se abre sus propias venas con el arma ruin de un lápiz en las elecciones. Yo no vacilo en asegurarnos aquí que los conservadores han interpretado suficientemente el hecho, muy significativo, de que nosotros carecemos de constancia, de firmeza y de fé para coronar el éxito, pues, no otra cosa significa para ellos el tristísimo abandono de las demandas de nulidad que así le calzó la bota férrea de Bismark a esa asamblea que há poco se disolvió. Yo no vacilo en asegurarnos aquí que los conservadores han apreciado de sobra que nosotros carecemos de jefes. Yo no vacilo en asegurarnos aquí que los conservadores están al tanto de la espantosa desilución de las masas liberales, porque ellas ignoran en qué manos flamea hoy su pabellón, porque a ellas se les ha angustiado el ánimo con el espectáculo repugnante de una empleomanía nepotista, la que, conforme lo escribí por la prensa en la capital de nuestra sección, será una de las causales más primordiales de nuestra caída del Capitolio. Yo no vacilo en asegurarnos aquí que los conservadores están ampliamente enterados del eclipse que ha sufrido el estímulo en las falanges liberales en donde el talento, el valor, los sacrificios, la sinceridad y la honradez han hallado tan solo el eco sombrío de los sepuleros. Parece como si en las huestes liberales hubiera hecho huella la sentencia de Luis Pirandello: «Estamos condenados a ver grande lo que es pequeño, y a ver pequeño lo que es grande».

¿I a dónde vamos si no somos capaces de aplicar una rígida terapéutica a nuestro organismo político enfermo? A la postulación, que hace exclamar al victimario: ¡ay de los vencidos! Pero, distinguidos oyentes: aún es tiempo para orientarnos por la brújula de una rehabilitación certera que nos dé la contextura de las fortalezas. Corrámos el telón del olvido sobre los desaciertos y las ambiciones, invoquémos la dignidad por sobre todo, y, a semejanza de aquel acto nobilísimo durante la última presidencia del general Mosquera, en que a raíz de vacilaciones, recriminaciones, dudas e insociojo los diputados radicales, después de una junta secreta, salieron en desfile por la plaza de Bolívar dando el brazo a los diputados liberales, en aras de la unión. Salgámos de este club como un solo hombre, para que la alevosía conservadora pueda ver en nuestra colectividad, a manera de santo y seña, la densidad del acero, el fulgor de la ideología, la pujanza del león, la serenidad del convencido y la certidumbre sin mácula del gobierno liberal.

Pamplona, agosto 26 de 1932.



Cuando todos creímos que habíamos pasado definitivamente el cabo de las tempestades en la presente administración ejecutiva, nos hemos percatado del error: estamos ante una tenaz oposición conservadora. I en este momento se me ocurre que sería muy conveniente estudiar la razón principal en que pretende fundarse esa actitud. Como los buzos de los mares, a mi me agrada penetrar las cuestiones para buscar orientación.

Con especialidad se propala tesoneramente el dicho de que el liberalismo no sabe mandar. Aquí distingo yo los términos *mandar* y *administrar*. Si se trata de mandar, en la acepción conservadora del vocablo, o sea de ejercer un dominio a base de fuerza y terror, no sabemos, nó, y ojalá nunca sepamos mandar. Si se trata de administrar la cosa pública, es suficiente recordaros un ejemplo que nos permite relativa analogía: en la esfera jurídica de Roma se supuso que despues de Gayo, Ulpiano y Papiniano era absolutamente imposible que naciera un talento capaz de igualarlos, ni mucho menos de superarlos; y sinembargo; vino después el jurista que debía asombrar con su obra a la humanidad en el transcurso de los siglos y escribió ese monumento que se denominó Código Justiniano. Nosotros mismos llegamos a pensar, en un lapso de orfandad, que despues de nuestros jefes incomparables Uribe y Herrera, no surgiría ya otro; y con todo, fue un novel, ni siquiera imaginado, quien nos llevó hasta el solio que aquellos no pudieron legarnos.

Después de la tormentosa presidencia de Herrán, quién creyera que solamente el liberalismo podría, como pudo, con inusitado lucimiento, encauzar al país por el amplio sendero del progreso, la seriedad y la paz. Más aún: de 1845 a 51, en medio de la satisfacción política y social que produjera el acierto del gobierno liberal, nadie caviló que un cerebro y un brazo pudieran volver al atentado de la regresión para aniquilar el Estado: pues, ¡oh, señores!- el concepto de patria amable y veneranda no fué suficiente para detener la trepidación del crimen contra ella: el clero concibió la revolución, y la presidiéron Julio Arboleda, Pastor Ospina y Eusebio Borrero. Pero era tal la atmósfera de tranquilidad, seguridad, orden y amplitud que había formado la administración liberal, que nada pudo contra ella: los formidables revolucionarios conservadores fuéron vencidos, y subió a la primera magistratura el general Obando. Fue en este percance cuando en la juventud liberal se agigantó la convicción de que el clero católico era su máximo enemigo, pues, pudo constatar que la fundación y organización del conservatismo era labor casi exclusivamente suya. De este inci-

dente nació el partido radical, en disonancia con el simplemente liberal que desde entonces ha creído en la posibilidad de una conciliación con la clerecía. Esta naciente divergencia entre hermanos políticos, y no el valor ni la inteligencia de los godos, fue lo que nos quitó de las manos el poder. Vino a él Manuel María Mallarino. I he aquí, apreciables amigos, el origen estricto de la separación de Panamá, que principió con la pretensión sobre la isla de Taboga. En esta administración conservadora se desencadenó además una serie de revoluciones de las cuales yo me asombro cómo pudo salir con suerte la república. Pero nuestros émulos fuéron vencidos otra vez, y capitularon categóricamente el 25 de octubre de 1862. Así fue como la Convención Nacional de Rionegro tuvo que asumir el mando, organizar de nuevo y salvar la Nación. No obstante, señores, ved cómo se ha censurado tan crudamente por las plumas regeneradoras esta benemérita Asamblea que le devolviera la respiración a un espantoso cadáver; y ved cómo hoy todavía se nos grita que no sabemos gobernar. ¡Ah, copartidarios! Nosotros no sabemos gobernar por el tormento y por el robo; nosotros no sabemos gobernar para desgarrar el fuero personal; nosotros no sabemos gobernar para destruir la obra de nuestros libertadores y regresar a la colonia; nosotros no sabemos gobernar para doblar la rodilla ante el oro extranjero; nosotros no sabemos gobernar para aniquilar la entraña de la madre patria; nosotros no sabemos gobernar con Marroquín y Casas, con Jorge Roa y Aristóbulo Archila..... Nó, éso jamás, nó! Pero sí sabemos gobernar con Enrique Olaya Herrera, como supimos gobernar ayer para redimir a Colombia.

En cierta ocasión departían dos amigos íntimos. De pronto, el uno le dice al otro, en tono de gran extrañeza:

—Que te parece que en estos días he recibido un anónimo en que me llaman idiota e imbécil. ¿De quién crees que pueda ser?

El amigo sonríe, y sin vacilación le responde:

—De quién?. Pues de álguien que te conoce muy bien.

El mandatario actual pretendió, con honda visión nacionalista, tranquilizar a los colombianos por medio de la cordialidad. Al efecto, inventó una expresión diciente y sonora, le dió realidad y, cuando quizá creyó que su obra se hallaba ya repulida y lujosa, de súbito la vió caer al suelo hecha pedazos, y hasta debió de oír que le decía con sorna, como en el «Infanzón de Illescas»:

«Con el puñal a tus pies  
te amenazo la cabeza».

A los conservadores les parece muy bien que el Dr. Olaya gobierne, pero con ellos, exclusivamente con ellos. Para tales sujetos, *concentración* es sinónimo de *cruzada*. El presidente

debe reencarnar a Pedro el Ermitaño, y ellos al concilio de Clermont, mucho más ahora cuando les llegó de Berlín un Urbano II. En estas circunstancias se puede decir, en estricta lógica, que nosotros somos demasiado ingénuos, y que ellos son enormemente avisados. Por otra parte, los torrentes de sangre y de lágrimas liberales que aquellos han venido ocasionando a través de todo el territorio nacional, sin castigo ninguno, les han probado más de lo que tal vez buscaban, que el régimen presente no es el que pueda ser capaz de castigarlos, y que no admite ni la menor semejanza con el del Oidor Salazar, en la época de Orellana, cuando la autoridad ahorcaba hasta seis facinerosos por semana y desenterraba procesos de treinta años atrás para castigar infames que ya se creían perdonados por el transcurso del tiempo. Parece que hubieran leído el drama titulado «La Fiera», de Pérez Galdóz, y que se les hubiera grabado en el cerebro esta frase: «Lo que llaman absurdo, es lo único razonable en la vida». Tales los hechos. ¿I todo por qué motivo, y con qué fin? Por la pérdida de un predominio que pretenden recuperar a cualquier costa. Pero há siglos está escrito en el «García de Castañar»:

«El que pobre llega a ser  
por lo que gastó en beber,  
no puede tener desquite».

Imposible! El organismo conservador es semejante al de un leproso en su etapa aguda: desde los cabellos y las uñas hasta las válvulas mismas del corazón se extendieron los microbios de todos los errores políticos durante su triste reinado. I ni el milagro de Lázaro podría devolverle el esplendor de sus sueños porque son de tal magnitud sus lacraduras y fué tanto el espanto que produjéron por doquier que, si la extinta hegemonía retornara, sucedería lo que rimó Julio Flórez: odiaría la existencia, envidiaría los féretros y, otra vez decepcionada, se sentaría a llorar. El conservatismo ha escrito por su mano su epitafio. Es en vano levantar esa losa. Pero éllo no quiere decir que así como los muertos duermen en sus retiros, nosotros podemos también dormir, nó, mil veces nó, porque la vida es lucha y debe ser victoria, porque vivir es triunfar sobre la muerte, y realizar una esperanza es triunfar sobre la vida.

Para nosotros se ha hecho la luz en el ambiente patrio: tenemos obligación de merecerla y, para tanto, necesitamos distanciarnos de los pecados conservadores y así evitar la caída: he ahí la verdadera estrella de los magos de oriente, en torno de la cual debemos compactarnos con una unión granítica, con las energías suficientes para el esfuerzo propio, con la conciencia límpida como un copo de nieve, con los ojos bien fijos en el futuro próspero y llevando en el alma, cual una flor eterna, la imagen sacrosanta de la patria adorada.



A la manera de los romeristas que persiguen una meta lejana y que en su compañerismo se van consolando mutuamente de los contratiempos del camino y se van infundiendo a la vez una común esperanza, yo me regocijo grandemente al leer en vuestros espíritus la fe de los convencidos y en vuestros semblantes el entusiasmo de los vencedores. ¡Bien por vosotros, luchadores incansables de un divino ideal! Os saludo con la cabeza descubierta. Mi voz podrá ser débil para repercutir en vuestros ánimos, pero me alienta el eco de Martínez Sierra cuando dijo que las solas palabras que valen algo en la vida son las que llevan por dentro un gran cariño.

En todos los rincones del país se siente hoy, después de breve tregua, un nuevo despertar de energías. Por qué? Ampliamente lo sabéis: porque apenas vamos en la mitad del trayecto, pues, á ejemplo de los agricultores, simplemente hemos abierto surco y sembrado la semilla, pero estamos pendientes de los fenómenos físicos que secundan nuestro esfuerzo para que el licor supremo que las frentes ancara se convierta en el grano que lleve a sus hogares el consuelo y la alegría. Allá hemos de llegar, con bueno o con mal tiempo, bajo de las caricias de un cielo despejado, o ante los latigazos de cualquier huracán. Sí; porque llevamos el motivo moral dentro del pecho: el perfeccionamiento de la humanidad que, cual una inmensa víctima, se defiende día a día de las garras filosas de todos los errores, y ésto ya es llevar en nuestras álmás un fulgurar que nos ilumina el sendero glorioso hacia el mañana.

Ante una gran aspiración, un inmenso sacrificio, si fuere necesario. He aquí el motivo generador de la actividad que comienza a despertar en nuestras filas. En cada individuo debe haber un hombre; no un cuerpo, no una sombra, sino algo que lleve en su musculatura el fuego fructífero de los batalladores y en sus ojos el sentido estético de una luz pura. Hay deberes que son como los hijos mayores de la conciencia y por los cuales es preciso inmolar, como en una hoguera purificadora, todos los entusiasmos, todas las actividades y todo el valor, porque, como escribe Carrington, «el miedo es no solamente inútil, sino peligroso por el estado de turbación que produce en el ánimo». La esencia del apóstol y del mártir consiste en que hallan menor el peso del sufrimiento al de la bondad y belleza de sus nobles sentimientos.

Entre tantos escollos que se nos han atravesado en la marcha reivindicadora por la auténtica República, acabamos de contemplar, estupefactos, pero altivos, el desconocimiento que el conservatismo pretendió de la elección de designados. Pero

qué, si el hábito heredado constituye atavismo, si durante la presidencia del general Santos Gutiérrez, en 1868, cuando los conservadores mandaban en Cundinamarca, habiendo triunfado en las elecciones para diputados el liberalismo, el entonces gobernador de allí, señor Ignacio Gutiérrez, disolvió la Asamblea y convocó una convención. ¿No envolvía esa tentativa, como la encarna también hoy, la provocación a una guerra fratricida? ¿Dónde están entonces el concepto del derecho y la majestad de la ley? ¡Oh, la elasticidad del santo origen de la autoridad, que nos predicán! Parece como si en los pliegues de la bandera azul se hallaran - ab initio - grabados los dos versos de Calderón de la Barca en «La verdad sospechosa»:

«Ni conozco lo que soy,  
ni me acuerdo lo que fuí».

Nos refiere la historia, al narrar la espantosa corrupción en la época del emperador Claudio, que uno de los monstruosos desenfrenos consistía en la glotonería de algunos pudientes, entre los cuales figura Apicio, quien «después de haber consumido crecidos tesoros en los manjares de la mesa, se mató por no verse reducido a vivir con solo diez millones de sestercios». ¡Espejo de cuerpo entero para el partido regenerador en Colombia! ¿Cómo pretender, después de la tremenda bacanal que cadaverizó a la Nación, que convirtió sus plazas y sus calles en lagos tremebundos de sangre inocente, cómo pretender continuar dirigiendo el timón de sus destinos? Para algo se inventó la palabra *imposible*.

La nave averiada llegó a nuestras manos, y el experto piloto que la dirige a estas horas quiere unir a todos los dispersos, correr un velo de perdón y encabezar la restauración nacional al pie del escudo de la Patria. El, a usanza de aquel soberano que antaño publicara el edicto de paz denominado *Henoticon*, ha descornado el telón de la opresión para que cada cual se sienta ciudadano. Mas - oh, señores! - Enrique Olaya Herrera ha tropezado, cual le sucediera semejantemente al mandatario antiguo, con la oposición del clero. No importa! Hemos bregado, y seguiremos bregando por un bien superior a nuestra propia existencia, y por esta razón nos hallamos inmunes contra todas las adversidades, pues, cual rimara Caamaño, vivimos

« . . . . . en esa  
fiebre de armonía,  
de ensueño y belleza  
que nos hace esclavos de toda ilusión,  
e hilamos, ajenos a nuestra pobreza,  
sueños de grandeza  
ébrios de ambición,  
mientras que reboza vino de tristeza  
como un hondo cáliz nuestro corazón!

## ERRATAS

En el presente opúsculo se deslizaron varios errores tipográficos, fácilmente observables por el lector.

En la página 5, en donde dice:  
«Hay veces que el silencio..... debe leerse: «Hay veces que el silencio no se conforma con ser corrompido, sino que aspira a corromper cuanto le rodea, así como las aguas del pantano no se conforman con ser muertas, sino que aspiran a matar a quien las toque. En los momentos de peligro, el silencio del pensador es una traición a la verdad».



**MUY PRONTO:**

**“Heliotropos” y “Reflejos”** (segunda edición).